

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Parentesco, concentración de población y surgimiento del Estado en el valle del Nilo.

Campagno, Marcelo.

Cita:

Campagno, Marcelo (2009). *Parentesco, concentración de población y surgimiento del Estado en el valle del Nilo. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/431>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Parentesco, concentración de población y surgimiento del Estado en el valle del Nilo

Campagno, Marcelo (UBA - IMHICIHU-CONICET)

I

La existencia de algún tipo de relaciones entre los procesos de aparición de los Estados primarios y de concentración poblacional –vale decir, de urbanización– fue tempranamente destacada por muy diversos especialistas. Del modo más emblemático, Gordon Childe había prácticamente equiparado ambos procesos, al considerar que la aparición del Estado se producía en la forma de una *revolución urbana*¹. Como es bien sabido, durante largo tiempo los egiptólogos fueron reacios a aceptar tal definición, en la medida en que se afirmaba que Egipto había sido una “civilización sin ciudades”. Sin embargo, si bien es cierto que el fenómeno urbano parece modesto si se lo compara con el contemporáneo proceso en la Baja Mesopotamia, los testimonios procedentes de Hieracómpolis indican una considerable tendencia al crecimiento poblacional simultánea con el proceso en el que se instala la dinámica estatal en el valle del Nilo. Ahora bien, en términos más específicos, ¿qué relaciones pueden establecerse entre la aparición del Estado y la concentración poblacional que se advierte en Hieracómpolis? ¿Se trata de fenómenos convergentes aunque independientes? ¿Existe alguna relación de causa-consecuencia entre ambos procesos? En particular, interesa considerar aquí en qué medida el ámbito urbano que se constituye en Hieracómpolis puede propiciar la aparición de una nueva lógica de organización social, diferente no sólo en escala respecto de la imperante en los ámbitos aldeanos preexistentes.

II

Ante todo, ¿de qué evidencias disponemos? Si bien la presencia de cierta población se remonta al período Badariense, es durante Nagada I que el área de Hieracómpolis parece registrar un sensible aumento en el número de habitantes. En efecto, se advierte a partir de tal época la utilización de dos grandes zonas –una en los márgenes de la zona actualmente cultivada (que se extiende también bajo ella), y la otra a unos 2 km al oeste, en torno del

¹ Cf. CHILDE, 1981 [1950], 265-277.

wadi Abul Suffian– así como otros núcleos periféricos al norte (el-Mamariyeh) y al sur (el-Kilh), en los que se advierten sectores de asentamiento (áreas residenciales, industriales y de disposición de residuos) y también espacios destinados a los enterramientos. Si bien, como planteaba Michael Hoffman, los cálculos demográficos para el período Predinástico nunca son mucho más que “educadas conjeturas”, las estimaciones del autor acerca de la población del área en Nagada I y comienzos de Nagada II apuntaban a cifras entre 5000 y 10.000 habitantes², lo que parece sugerir una expansión que no se deduce únicamente del crecimiento demográfico de la antigua población badariense sino también del arribo de nuevos grupos, probablemente atraídos por ciertas ventajas ecológicas ofrecidas por el medio local³.

Más allá de las dimensiones de las zonas ocupadas, en la caracterización proto-urbana de Hieracómpolis también resulta importante señalar los indicios que apuntan a una notoria especialización laboral y a cierta diferenciación social, al menos, desde comienzos de Nagada II. Por un lado, se destaca la presencia de un conjunto de instalaciones (hornos) para la producción de cerveza (Hk11c, Hk24a, Hk24b, Hk25d?) y de cerámica (Hk11c, Hk29, Hk59), así como evidencias de producción lítica (Hk29a), que pueden indicar una considerable especialización del trabajo⁴. Por otro lado, existe un gran complejo de casi 40 m de largo (Hk29a), que muy probablemente haya constituido un centro ceremonial, en el que se han hallado huesos de animales salvajes y gran cantidad de restos de cerámica (incluyendo un “ostracón” con una aparente imagen de la diosa Bat)⁵. Aun por otro, el cementerio Hk6 concentra una serie de enterramientos de gran tamaño y con bienes funerarios de considerable importancia: se destaca especialmente la Tumba 23, que

² Los cálculos de HOFFMAN (1982, 143-144), basados en las dimensiones y tipos de áreas ocupadas en el asentamiento, arrojaban cifras entre 2544 y 10.922 habitantes para la primera mitad del IV milenio a.C. Los excavadores posteriores de Hieracómpolis siguen sosteniendo la validez de estos cálculos (Cf. ADAMS, 1995, 31; FRIEDMAN, en YOFFEE, 2005, 43, y *com. pers.* 2005). Otros cálculos, básicamente centrados en la cantidad de tumbas, arrojaban cifras bastante menores: HASSAN (1988, 161), por ejemplo, estimaba que la población de Hieracómpolis sólo debía rondar los 1500-2000 habitantes. En la misma línea, cf. también HARLAN, 1985, 233.

³ HOFFMAN *et al.* (1986, 178) han sugerido la posibilidad de colonización de la región por parte de grupos procedentes del norte, que habrían valorado el área por la concentración de diversos hábitats, la abundancia de buen suelo y materias primas, lluvias veraniegas regulares, la existencia de un canal cercano al borde del desierto (actualmente desaparecido) y la eficiencia hidráulica del wadi Abul Suffian.

⁴ Sobre las instalaciones productivas, cf. HOFFMAN, 1982, 126; GELLER, 1989, 41-52; 1992, 19-26; ADAMS, 1995, 45-46; TAKAMIYA, 2004, 1028-1032; FRIEDMAN, 2005b, 64-65. La división del trabajo se destaca no sólo por la especialización de los procesos sino también por los volúmenes producidos: sólo en el sitio Hk24a, se calcula que la producción de cerveza podía alcanzar casi 400 litros diarios, equivalentes a suministros para 200 a 400 personas. Al respecto, GELLER, 1992, 21; cf. también FRIEDMAN, 2005, 65.

⁵ Acerca del complejo ceremonial, cf. ADAMS, 1995, 36-41; FRIEDMAN, 1996, 16-35; acerca del ostracón de Bat, cf. HENDRICKX y FRIEDMAN, 2003, 8-9.

corresponde a la fase Nagada IIa-b y representa el enterramiento de mayores dimensiones de todo el valle del Nilo para esa época: la cámara funeraria medía 5,5 m de largo, 3,1 m de ancho y 1,2 m de profundidad, y se hallaba rodeada por una superestructura de madera y una capilla funeraria (en la que se han hallado fragmentos de cerámica y de una estatua humana de tamaño natural), totalizando una superficie de 16 m de largo y 9 m de ancho⁶. De este modo, si las evidencias ligadas a las actividades productivas y religiosas sugieren la presencia de especialistas en Hieracómpolis a comienzos de Nagada II, la Tumba 23 apunta a la existencia de individuos fuertemente destacados del resto, probablemente asociados a alguna forma de liderazgo local.

Promediando la fase Nagada II, la tendencia demográfica parece haber involucrado una mayor concentración poblacional en torno del área cultivada. En efecto, el área ocupada en el desierto se restringe a unos 300 m más allá de la zona cultivada, en particular en torno del sitio Hk34b, el cual, de acuerdo con Hoffman, podría haber constituido “un probable complejo administrativo/ceremonial en el centro de un grupo de aldeas (villages and hamlets)”⁷. El uso continuado del cercano recinto ceremonial Hk29a y la presencia de otras edificaciones de gran porte recientemente halladas en los sitios Hk29b y Hk25 refuerzan la idea de una concentración de las principales dinámicas sociales en torno de tal área a partir de la segunda mitad de la fase Nagada II⁸. Ahora bien, ¿qué es lo que produce este salto (shift) en los patrones de asentamiento de la población de Hieracómpolis? En los años '80, Michael Hoffman había propuesto diversas razones. Por una parte, señalaba que, a partir del VI milenio a.C., el norte de África ingresaría en una fase climática caracterizada por una tendencia hacia una mayor aridez, que habría incidido en la reducción de los recursos disponibles en las áreas al este y oeste del Nilo, agravada por el deterioro del frágil ecosistema del desierto como resultado de la tala de árboles para su uso como combustible y la sobreexplotación de las pasturas para el ganado: todo ello habría generado un repliegue de la población de esas áreas hacia el valle. En el marco de tales variaciones climáticas, el autor sugería también que podría haberse registrado un creciente énfasis en las actividades económicas ligadas al río (tanto en referencia a la agricultura y otras actividades manufactureras como al intercambio de bienes utilizando la vía fluvial). Por otra parte,

⁶ Respecto de los enterramientos del Cementerio Hk6, y en particular de la Tumba 23, cf. FIGUEIREDO, 2004; 1-23; FRIEDMAN, 2005a, 4-6; 2008, 18-29.

⁷ HOFFMAN, 1982, 130. Cf. también ADAMS, 1995, 36-37.

⁸ Respecto de las edificaciones recientemente halladas en los sitios Hk29b y Hk25, cf. HIKADE, 2006, 4-5; 2007, 4-5.

Hoffman agregaba que los conflictos regionales entre las diversas comunidades del Alto Egipto (cf. *infra*) podrían haber impulsado la concentración de la población en núcleos de tipo urbano por razones de protección. Por último, también subrayaba la posibilidad de que algún centro ceremonial –como el que posteriormente se descubriría en el sitio Hk29a– hubiera actuado como un agente de atracción de población hacia el núcleo hieracompolitano⁹. De modo complementario, David Wengrow ha sugerido recientemente que el proceso de concentración guarda relación con las variaciones en los rituales funerarios, y se ha referido al proceso en términos de “urbanización de los muertos”¹⁰. Es posible que todas estas razones ecológicas, económicas, militares, religiosas y funerarias hayan contribuido, en diversa medida, a la concentración poblacional que Hieracópolis registra desde mediados de Nagada II. Sin embargo, también es posible que otra razón, de una índole más específicamente política, haya intervenido para que pudiera tener lugar un proceso demográfico de tales características. Consideremos la cuestión con mayor detalle.

III

Ciertamente, al equiparar el proceso del surgimiento del Estado al nombre de *revolución urbana*, Childe no sugería que la aparición de las ciudades, por sí sola, operara como razón suficiente para que emergiera el Estado. Antes bien, una “lista” de nueve criterios más indicaba que esa *revolución* requería de una serie de nuevas prácticas (asociadas especialmente a la especialización del trabajo, la aparición de una clase gobernante y la extracción de tributo), respecto de las cuales el nuevo ámbito urbano constituía un escenario privilegiado, tanto en su condición de asiento de la nueva élite dominante, del artesanado especializado y la burocracia, como de ámbito para la construcción de diverso tipo de edificaciones monumentales. Pero, más allá de esto, esa lista de Childe contenía un criterio que aquí interesa considerar especialmente: el que indicaba que la revolución urbana implicaba un nuevo tipo de organización social, radicalmente diverso respecto de aquél que proporcionaban las prácticas del parentesco.

Este criterio es decisivo porque la lógica que instituye la práctica estatal –basada en el monopolio legítimo de la coerción por parte de una minoría– resulta abiertamente divergente respecto de los principios recíprocos que sostienen a la lógica del

⁹ Al respecto, cf. HOFFMAN, 1982, 132. Cf. también HARLAN, 1985, 225-234.

¹⁰ Cf. WENGROW, 2006, 82-83.

parentesco, dominante en la organización de las sociedades no-estatales. Lo que equivale a decir que, con la emergencia de lo estatal, se configura una nueva forma de organización social, que no se deduce de las dinámicas sociales pre-estatales¹¹. Es precisamente esta diferencia fuerte entre la lógica del parentesco y la lógica del Estado la que suele ser subestimada por las estrategias evolucionistas aún imperantes como modos de interpretar los procesos en los que surge el Estado. En efecto, la mirada evolucionista tiende a suponer que, allí donde tal proceso tiene lugar, los jefes de las sociedades pre-estatales se transforman *lentamente* en reyes como resultado de una exitosa y siempre creciente acumulación de poder. Sin embargo, tal camino hacia el Estado constituye, en rigor, un callejón sin salida: los jefes de las sociedades pre-estatales no constituyen figuras de liderazgo homólogas aunque en pequeña escala respecto de las de los monarcas estatales. Antes bien, como ha destacado Pierre Clastres, la condición diferencial de tales jefes se basa en el prestigio¹². Y el prestigio no deviene *naturalmente* en poder porque las normas que operan según la lógica del parentesco impiden que tal cosa suceda en el interior de una misma trama social parental.

Si el Estado no puede surgir en el interior de una trama parental como las que suelen constituir las comunidades aldeanas, se abre la posibilidad de pensar que ello suceda en el exterior de esas tramas, en los espacios intersticiales entre tramas parentales, puesto que allí no rige la lógica del parentesco y por ende no existe ese tipo de límites para la configuración de otro tipo de prácticas, regidas a partir de criterios sociales divergentes. Ahora bien, en términos más específicos, ¿cómo pueden ser categorizados esos ámbitos intersticiales entre tramas de parentesco? La respuesta a esta cuestión seguramente variará en función de las situaciones singulares a ser abordadas. En principio, sin embargo, parece posible pensar en dos grandes escenarios en los que podría advertirse esta cuestión de lo intersticial.

Por un lado, los intersticios entre tramas de parentesco pueden ser señalados respecto de los ámbitos intercomunales. Ciertamente, si se parte de asumir teóricamente que cada comunidad aldeana constituye *una* trama parental, los espacios extracomunales son, por fuerza, espacios extraparentales. Se trata de una asunción lícita, pues no implica suponer que la comunidad constituya *una única gran familia* sino una trama social que se rige por

¹¹ Esta perspectiva analítica acerca del surgimiento del Estado ha sido planteada *in extenso* en CAMPAGNO, 1998, 101-113; 2000, 35-47; 2002, 57-94.

¹² Cf. CLASTRES, 1981, 145-149.

una misma lógica. O dicho de otro modo, de lo que se trata es de asumir que el parentesco opera como práctica dominante a la escala de la comunidad, lo cual no significa que todas las prácticas de la comunidad sean prácticas de parentesco sino que todas son compatibles con los principios que sustentan las prácticas parentales¹³.

En tales ámbitos intercomunales, las prácticas asociadas a la violencia –y en particular, a la guerra– constituyen un terreno propicio para la emergencia de la práctica estatal, en la medida en que implican el ejercicio de la coerción cuyo monopolio caracteriza al lazo propiamente estatal. Por cierto, no todo conflicto intercomunal tiene por qué desembocar necesariamente en el surgimiento de la práctica estatal y, de hecho, las guerras típicas entre comunidades no-estatales asumen la forma del ataque y la retirada, con la consecuente restauración del *statu quo* preexistente. Sin embargo, en condiciones específicas, existen guerras –especialmente aquellas que involucran objetivos de conquista– que pueden implicar la estabilización del lazo social transitorio que se establece entre vencedores y vencidos en uno más permanente entre dominadores y dominados. Y aunque esto solo no implica la constitución automática de una sociedad estatal, puede indicar su prelude: el vínculo a entablar con los nuevos dominados, en tanto no-parientes, no tendría por qué regirse por la lógica parental que organiza la trama social de cada comunidad. En ese espacio intersticial, este tipo de conflictos podría abrir las puertas para la instauración de otra lógica, ya no basada en los principios de la reciprocidad parental sino en aquellos de la coerción estatal.

En relación con el valle del Nilo, hemos considerado el asunto en la conferencia de Cracovia sobre el origen del Estado egipcio. Las evidencias de armamento, de muros probablemente defensivos y la iconografía de las fases Nagada IIc-d y Nagada III dejan ver que el proceso de emergencia del Estado egipcio se produce en un contexto signado por la violencia. Habida cuenta de que otras hipótesis se han revelado inconsistentes¹⁴, parece haber habido allí una relación directa entre tales conflictos y los intentos de las élites comunales del Alto Egipto por acaparar los bienes de prestigio que circulaban por el valle y que eran decisivos para ostentar sus prerrogativas diferenciales en cada una de las comunidades.

¹³ Al respecto, cf. CAMPAGNO, 2002, 71-72.

¹⁴ Acerca de las hipótesis sobre las razones de los conflictos en el Alto Egipto que desembocan en el surgimiento del Estado, cf. CAMPAGNO, 2004, 689-703. Cf. también GILBERT, 2004; VAN WETERING, 2004, 86.

IV

Pero, según se sugería más arriba, los espacios intercomunales podrían constituir *uno* de los escenarios para pensar la cuestión de lo intersticial. El otro ámbito en el que podría presentarse este tipo de situaciones de intersticio es el que proporciona el propio medio urbano. En efecto, los procesos de concentración poblacional como el que parece suceder en Hieracópolis –esto es, procesos en los que la población no se expande solamente en función de su crecimiento vegetativo– implican la constitución de una población de procedencia heterogénea. Y esa heterogeneidad en la composición social trae aparejada la posibilidad de que los ámbitos urbanos en formación hayan operado como espacios de convergencia de tramas parentales antes desvinculadas entre sí. En efecto, desde un punto de vista analítico, las migraciones podrían producirse a nivel individual, de unidades domésticas o de grupos de parentesco más extensos. En cualquiera de tales alternativas, el o los recién llegados serían –al menos, en principio– *no-parientes* respecto de cualquier trama parental que preexistiera en la región de acogida. Por cierto, especialmente en referencia a migrantes individuales, las comunidades organizadas a partir del parentesco pueden disponer de procedimientos de homologación de los forasteros por la vía de diversos modos de adopción¹⁵. Sin embargo, tales procedimientos no tienen por qué operar de manera automática y probablemente sean de más difícil implementación cuando se trata de la llegada de grupos numerosos –por ejemplo, de familias extensas–, máxime si tales procesos migratorios estaban produciéndose simultáneamente, de modo tal que ya no se tratara de una comunidad parental que integra un nuevo individuo (o un pequeño grupo) a su seno, sino de la llegada de múltiples grupos, quizás numéricamente superiores respecto de la comunidad autóctona.

En este sentido, la concentración poblacional facilitaría la posibilidad de que se registraran interacciones permanentes entre no-parientes. ¿Qué tipo de prácticas podrían entablarse entre esas tramas parentales o entre grupos de parentesco y forasteros? No es posible responder tal cuestión de un modo taxativo. En relación con los forasteros que, de modo individual, se hubieran integrado a una trama parental preexistente, en caso de que los dispositivos de adopción no hubieran operado, se podría pensar en modos de

¹⁵ Cf., por ejemplo, los modos de adopción de forasteros entre los *nuer*, señalados por E. EVANS-PRITCHARD (1977 [1940], 236-247). Acerca de diversos modos de parentesco espiritual y de adopción, cf. GHASARIAN, 1996, 188-189, 217-223.

subordinación afines a las prácticas de *patronazgo*¹⁶: esto es, un tipo de integración a la trama social preexistente, pero no por la vía de una incorporación de pleno derecho, como un pariente más, sino desde una posición dependiente¹⁷. En cuanto a las relaciones entre grupos, es aún más difícil de formular una respuesta. Esas relaciones también podrían haber convocado un elemento de patronazgo, si el líder de una de las tramas admitiera su condición de cliente de otro líder, de modo que la práctica de patronazgo entre líderes de tramas parentales implicara cierta subordinación de una trama de parentesco a la otra. Pero los vínculos entre tales tramas también podrían haber alcanzado ribetes más asociados a la competencia y al conflicto, de modo de constituir un escenario más proclive a ser interpretado en términos de disputas *faccionales*¹⁸. El eventual predominio de una facción sobre otra podría haber desembocado en otro tipo de lazos sociales. Si ese predominio se hubiera instituido de modo permanente, quizás estarían dadas las condiciones para la emergencia de una práctica estatal en el corazón mismo del mundo urbano.

Por cierto, todas estas posibilidades no son documentables de modo directo, pero reconsideremos la evidencia disponible. Por un lado, los testimonios sobre la presencia de población badariense en Hieracópolis son notoriamente escasos. Esto podría ser indicativo de una menor cantidad de habitantes, del carácter semi-nomádico de los grupos de la época, o de un patrón de asentamiento más cercano al río pero, en cualquier caso, en comparación con lo que se conoce de Hieracópolis a partir de Nagada I, la población del área en tiempos badarienses parece haber sido significativamente menor. Unos siglos después, en cambio, las evidencias apuntan a la presencia de una población de varios miles de habitantes, distribuida a lo largo de más de 2,5 km al borde del área cultivada (con otros

¹⁶ En términos de LEMCHE (1995, 111), el patronazgo implica “*una organización vertical, de acuerdo con la cual a la cabeza encontramos al patrón, un miembro de un linaje dominante, y debajo de él sus clientes, normalmente hombres y sus familias. El lazo entre el patrón y el cliente es personal, el cliente habiendo jurado lealtad al patrón y el patrón habiendo jurado protegerlo*”. Al respecto, cf. también GELLNER Y WATERBURY, 1977; EISENSTADT y RONIGER, 1984.

¹⁷ Aunque su observación ha pasado generalmente inadvertida, Morton FRIED había advertido que en las relaciones entre grupos ya asentados y forasteros podía haber una clave para el surgimiento de la estratificación social y del Estado. Cf. FRIED, 1979 [1960], 145-146. Cf. también G. WEBSTER, 1990, 345-346; CAMPAGNO, 2002, 38-39. Para la situación mesopotámica, MAISELS (1987, 334) ha sugerido que los comienzos de la estratificación social deben buscarse en el interior de las «casas» (*households*) estructuradas en torno de un linaje parental, pero con la agregación de individuos que no pertenecen a la misma trama de parentesco, integrados a partir de una posición de subordinación al líder del linaje. Cf. también KOPYTOFF (1999, 89), quien refiere a tal proceso en términos de un tipo de “política de la primacía de los que llegaron primero” (*politics of firstcomer primacy*), según la cual “*los primeros ocupantes establecen una relación ritual con la tierra que quienes se asientan después deben respetar*”.

¹⁸ Respecto de las competencias faccionales, cf. BUJRA, 1973, 132-152; BRUMFIEL, 1989, 128-132; 1994, 3-13; FOX, 1994, 199-206. Cf. también las estrategias de “agregación persuasiva” en el marco de procesos de “competencia local” indicados por BECK (2003, 643-645) en la emergencia y consolidación de formas de jerarquía.

núcleos más lejanos, hacia los límites norte y sur de la bahía aluvial) y remontándose 3,5 km wadi arriba, hacia el oeste. ¿Cómo se alcanzaron esos niveles de población? El crecimiento vegetativo de la antigua población local parece insuficiente para explicar semejante expansión. Y si no es por vía del crecimiento vegetativo, esa población debió proceder de otra parte. No es necesario proponer orígenes muy lejanos: es más verosímil pensar en la sedentarización de población nómada o en el traslado de población dentro de la misma región. Pero lo cierto es que, en tales circunstancias, hay espacio para suponer la convergencia de grupos previamente no vinculados entre sí. El carácter disperso de los asentamientos y de los cementerios durante Nagada I/IIb parece coincidir con tal posibilidad.

De acuerdo con lo que se sugería previamente en términos teóricos, la convergencia de grupos de distinta procedencia podría desembocar en ciertas formas de subordinación o en tensiones de tipo faccional. La aparición de prácticas funerarias como las de la Tumba 23 del Cementerio Hk6, así como los diversos testimonios acerca de división del trabajo especializado parecen apuntar en tal dirección: ya sea como efecto de la precedencia o de la disputa, el predominio de un grupo sobre otros podría haber disparado un proceso de diferenciación social, que indujera un tipo de demandas de bienes –tanto para los vivos como para los muertos– que, a su vez, estimulara los procesos de especialización laboral. En efecto, los líderes podrían haber estimulado la elaboración de diversos productos en mayor escala para su propio consumo y el de los requerimientos funerarios, tanto como para redistribuir entre los miembros de su grupo como modo de afianzar y expandir lealtades¹⁹. En tales condiciones, la posterior tendencia a la concentración de la población en los bordes del área cultivada podría obedecer a las razones enunciadas por Hoffman pero también podría guardar relación con la emergencia de nuevas formas de liderazgo asociadas a los procesos en curso. Si tal fuera el caso, la concentración poblacional podría ser el efecto de un movimiento más dirigido que espontáneo. Dicho en otros términos, más allá de la conveniencia de trasladarse más cerca del área cultivada en términos ecológicos, económicos, militares o religiosos, la élite emergente podría haber impulsado o incluso forzado ese movimiento como una forma de facilitar su control sobre la numerosa población local. La concentración podría haber sido una estrategia útil para disponer de un acceso fluido a la fuerza de trabajo tanto como para evitar tendencias a la fisión por parte de los grupos subordinados.

¹⁹ Esto podría ser particularmente posible en referencia a la producción en gran escala de cerveza. Al respecto, cf. GELLER, 1992, 24.

Por lo demás, las dos grandes posibilidades intersticiales aquí enunciadas – intercomunales e intraurbanas– podrían haber sucedido simultáneamente, de modo tal que las prácticas surgidas de cada ámbito podrían haberse retroalimentado. En efecto, a partir de Nagada IIc, esta tendencia a la concentración de la población y a la diferenciación social a nivel local viene acompañada de una probable expansión de los conflictos bélicos. Y esos conflictos podrían haber tenido efectos decisivos sobre las diferencias sociales existentes en el ámbito local. Al respecto, vale la pena considerar las reflexiones de David Webster. De acuerdo con el autor, una expansión agresiva de algunas jefaturas podría permitir la incorporación de nuevas tierras, las cuales “representarían un recurso externo para el sistema tradicional en el sentido de que no habría individuos o grupos de parentesco locales que pudieran reclamarlas. Constituiría, entonces, un recurso *externo* que podría ser efectivamente monopolizado por los grupos directivos de alto rango cuyo éxito en el liderazgo militar habría sido ampliamente responsable por su adquisición en primer lugar”. Siguiendo el argumento de Webster, esta situación “podría exagerar cualquier estratificación económica incipiente que ya estuviera presente debido a variaciones locales en los recursos productivos”. En tales condiciones, “los individuos o grupos de parentesco desaventajados podrían buscar entablar relaciones de patronazgo con aquellos que controlaban mayores recursos. Mas aún, los pequeños grupos temporalmente subordinados podrían tornarse «clientes» cautivos”²⁰.

De este modo, es posible pensar en una influencia recíproca entre los conflictos bélicos y la diferenciación social dentro del ámbito urbano, independientemente de que, con las evidencias disponibles, no sea posible establecer las características específicas del proceso. En todo caso, el hecho de que no sean documentables no implica que haya algo que desacredite esta posibilidad. Como bien se sabe, ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia. Y más aún, es la ausencia general de evidencias la que más compele a plantear el problema, en profundidad, en el plano teórico. Lo decisivo aquí es la posibilidad de interpretar el medio urbano no como una entidad socialmente homogénea sino como ámbito de composición heterogénea, a partir de la convergencia de grupos (de tramas parentales) de procedencia diversa. De lo que se trata es de la posibilidad de considerar a

²⁰ D. WEBSTER, 1975, 468.

Hieracópolis no como la mera expansión cuantitativa de una comunidad aldeana –organizada cada una como una única trama social– sino como el punto de confluencia de diversos grupos y, por ende, como un conglomerado de tramas que sólo en un momento posterior accederían a una forma política de unificación.

Comoquiera que haya sido, lo que importa destacar aquí es que las prácticas no-parentales no emergen en el seno de las tramas de parentesco sino en sus intersticios. Y que estos intersticios pueden ser reconocidos entre comunidades asentadas en lugares distantes tanto como en el más compacto medio urbano. Porque lo determinante no es la distancia *geográfica* sino la distancia *social* y por ello, aun conviviendo en el mismo ámbito urbano, la distancia entre dos individuos podría ser tan amplia como la que podía separar a quienes vivían en dos alejadas aldeas. Es que aquí, lejos y cerca se dicen socialmente. Y está cerca el pariente, y está lejos el que no lo es. Si lo decisivo de los nuevos lazos estatales está en la conexión permanente entre grupos parentales anteriormente desvinculados, las interacciones entre comunidades en una escala regional pueden aportar un escenario propicio. Pero un escenario igualmente propicio puede producirse –como si de un *microcosmos* se tratara– en el contexto de los procesos de concentración poblacional que conducen a la constitución de los primeros núcleos urbanos. Una razón más, a fin de cuentas, para sostener la preciosa intuición de Gordon Childe al indicar que el advenimiento de lo urbano merecía el nombre de *revolución*.

Bibliografía

- ADAMS, B., 1995. *Ancient Nekhen. Garstang in the City of Hierakonpolis*. Egyptian Studies Association 3. New Malden.
- BECK, R.A., 2003. Consolidation and Hierarchy: Chiefdom Variability in the Mississippian Southeast. *American Antiquity* 68,4: 641-661.
- BRUMFIEL, E.M., 1989. Factional Competition in Complex Society [en:] MILLER, D., ROWLANDS, M. & TILLEY, E. (eds.), *One World Archaeology. 3. Domination and Resistance*. London: 127-139.
- BRUMFIEL, E.M., 1994. Factional Competition and Political Development in the New World: An Introduction [en:] BRUMFIEL, E. & FOX, J. (eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World*. Cambridge: 3-13.
- BUJRA, J.M., 1973. The Dynamics of Political Action: A New Look at Factionalism. *American Anthropologist* 75: 132-152.
- CAMPAGNO, M., 1998. Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después. *Boletín de Antropología Americana* 33: 101-113.
- CAMPAGNO, M., 2000. Kinship and the Emergence of the State in Egypt. *Bulletin of the Australian Center for Egyptology* 11: 35-47.
- CAMPAGNO, M., 2002. *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto*. Aula Ægyptiaca-Studia 3. Barcelona.

- CAMPAGNO, M., 2004. In the Beginning was the War. Conflict and the Emergence of the Egyptian State [en:] HENDRICKX, S., FRIEDMAN, R.F., CIAŁOWICZ, K.M. & CHŁODNICKI, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002)*. Orientalia Lovaniensia Analecta 138. Leuven: 689-703.
- CHILDE, V.G., 1950. The Urban Revolution. *Town Planning Review* 21: 3-17.
- CLASTRES, P., 1980. L'économie primitive [in:] CLASTRES, P., *Recherches d'anthropologie politique*. Paris: 127-145.
- EISENSTADT, S.N. & RONIGER, L., 1984. *Patrons, Clients, and Friends. Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*. Cambridge.
- EVANS-PRITCHARD, E.E., 1977 [1940]. *Los Nuer*. Barcelona.
- FIGUEIREDO, A. 2004. Locality HK6 at Hierakonpolis: Results of the 2000 Field Season [en:] HENDRICKX, S., FRIEDMAN, R.F., CIAŁOWICZ, K.M. & CHŁODNICKI, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002)*. Orientalia Lovaniensia Analecta 138. Leuven: 1-23.
- FOX, J., 1994. Conclusions: Moiety Opposition, Segmentation, and Factionalism in New World Political Arenas [en:] BRUMFIEL, E. & FOX, J. (eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World*, Cambridge: 199-206.
- FRIED, M., 1979 [1960]. FRIED, M.. Sobre la evolución de la estratificación social y el Estado, en Llobera, J. (comp.), *Antropología política*. Barcelona, 133-151.
- FRIEDMAN, R.F., 1996. The Ceremonial Centre at Hierakonpolis: Locality HK29A [en:] SPENCER, J. (ed.), *Aspects of Early Egypt*. London: 16-35.
- FRIEDMAN, R.F., 2005a. Excavating Egypt's Early Kings. *Nekhen News* 17: 4-6.
- FRIEDMAN, R.F., 2005b. Hiérakonpolis. Berceau de la royauté. *Dossiers d'Archéologie* 307: 62-73.
- FRIEDMAN, R.F., 2008. The Cemeteries of Hierakonpolis. *Archéo-Nil* 18: 8-29.
- GELLER, J., 1989. Recent Excavations at Hierakonpolis and their Relevance to Predynastic Production and Settlement. *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille* 11: 41-52.
- GELLER, J., 1992. From Prehistory to History: Beer in Egypt [en:] FRIEDMAN, R. & ADAMS, B. (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*. Oxbow Monograph 20. Oxford: 19-26.
- GELLNER, E. & WATERBURY, J., 1977. *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*. London.
- GHASARIAN, Ch., 1996. *Introduction à l'étude de la parenté*. Paris.
- GILBERT, G.P., 2004. *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*. British Archaeological Reports International Series 1208. Oxford.
- HARLAN, F.J., 1985. *Predynastic Settlement Patterns; A View from Hierakonpolis*. U.M.I./Saint Louis.
- HASSAN, F.A., 1988. The Predynastic of Egypt. *Journal of World Prehistory* 2: 135-185.
- HENDRICKX, S. & FRIEDMAN, R.F., 2003. Chaos and Order: A Predynastic "Ostrakon" from HK29A. *Nekhen News* 15: 8-9.
- HIKADE, Th., 2006. Our First Season at Hierakonpolis. *Nekhen News* 18: 4-5.
- HIKADE, Th., 2007. Nothing is More Permanent than a Posthole. *Nekhen News* 19: 4-5.

- HOFFMAN, M.A., 1982. *The Predynastic of Hierakonpolis*. Egyptian Studies Association 1. Giza/Macomb.
- HOFFMAN, M.A., HAMROUSH, H.A. & ALLEN, R.O., 1986. A Model of Urban Development for the Hierakonpolis Region from Predynastic through Old Kingdom Times. *Journal of the American Research Center in Egypt* 23: 175-187.
- KOPYTOFF, I., 1999. Permutations in patrimonialism and populism: the Aghem chiefdoms of Western Cameroon [en:] MCINTOSH, S.K. (ed.), *Beyond Chiefdoms. Pathways to Complexity in Africa*. Cambridge: 88-96.
- LEMICHE, N.P., 1995. From Patronage Society to Patronage Society [en:] FRITZ, V. & DAVIES, P. (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*. Sheffield: 106-120.
- MAISELS, Ch., 1987. Models of Social Evolution: Trajectories from the Neolithic to the State. *Man (N.S.)* 22: 331-359.
- TAKAMIYA, I.H., 2004a. Development of Specialisation in the Nile Valley during the 4th Millennium BC [en:] HENDRICKX, S., FRIEDMAN, R.F., CIAŁOWICZ, K.M. & CHŁODNICKI, M. (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002)*. Orientalia Lovaniensia Analecta 138. Leuven: 1027-1039.
- VAN WETERING, J., 2005. Finding the War! A Follow-up to M. Campagno Origins I article 'In the Beginning was the War. Conflict and the Emergence of the Egyptian State' [en:] MIDANT-REYNES, B. & TRISTANT, Y. (eds.), *Abstracts of Papers of the International Conference "Predynastic and Early Dynastic Egypt. Origin of the State", Toulouse (France), 5-8 Sept. 2005*. Toulouse: 86.
- WEBSTER, D., 1975. Warfare and the Evolution of the State: A Reconsideration. *American Antiquity* 40: 464-470.
- WEBSTER, G., 1990. Labor control and emergent stratification in Prehistoric Europe. *Current Anthropology* 31: 337-366.
- WENGROW, D., 2006. *The Archaeology of Early Egypt. Social Transformations in North-East Africa, 10,000 to 2650 BC*. Cambridge.
- YOFFEE, N., 2005. *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*. Cambridge.